

teger á los inocentes. «¡Mugidos!» decía el viejo Lutero; «¡mugidos si se despelleja á un sabio!» Rugidos si se despelleja á un pobre. No hay príncipe, por poderoso que sea, á quien, si maltrata á sus vasallos, no le reserve yo una paliza sangrienta. Que quemén mis libros; los hablaré. Que me corten la lengua; los gesticularé; que me corten las manos; con mis muñones sangrientos, los dibujaré en la arena. ¿No conocéis, amigo, á Rabelais? Es un hombre admirable, amasado por los dioses del Olimpo y que desde su juventud fué un coloso. He traducido su «Gargantua;» os lo prestaré. Vereis ahí el verbo francés que sabe reír mejor que nosotros. Los sobornadores, los jueces, los sacerdotes y los reyes son acariciados allí con buenos látigos picados de clavos. He salido de esa lectura, destituido, pero dispuesto como un luchador. Cuando hagáis absorbido ese elixir, todo lo demás os parecerá insípido.

Cuando Jean Fischart trataba este asunto, sus ojos se iluminaban como para una gran recepción y sus dedos nerviosos, al extremo de sus bracitos flacos, vibraban. Evitaba hablar de sus obras y soportaba impaciente los elogios. Sin embargo, tras esa modestia se adivinaba un orgullo inmenso, la aspera conciencia de su poder:

—Fabuloso, fabuloso—balbucía el oír una atrocidad y se comprendía que grababa el hecho en su memoria, que las víctimas tendrían un vengador. Le escribían de toda la Alemania para quejarse de mil vejaciones y las muestras de esa correspondencia presentaban todas las miserias. Ante ciertas miserias los ojos de Fischart se humedecían. Arrojaba rabioso lejos de sí el papel.

—Sin embargo, no puedo hacerlo todo, no puedo hacerlo todo. ¡Ah! mi raza se bastardea. Hace veinte años se leantaban á centenares los «satiristas». Todo era bueno para las inscripciones insolentes: los muros, los árboles, los umbrales de las puertas, é ingeniosas alegorías atenazaban al carne del opresor, yendo á buscar las partes secretas, inominadas, del impudor y de la vanidad. Eramos los verdugos de los verdugos. Hoy el alemán es un asno que rebuzna. Acepta filosóficamente los bastonazos y tiendo la panza á los palos sucesivos, luego la nuca y luego el trasero.

Poseía á fondo las leyendas y las supersticiones populares ou donde brillan filones de verdad. Las cantaba en un estilo vivaz, abreviado, semejante á la luz alabada por Schorel, que solo ilumina los relieves y deja en la penumbra lo accesorio, Explicaba á Shakespeare cómo esas hijas de la multitud surfen, del Norte al Mediodía, de Este á Oriente, variantes que son la marca de los temperamentos provincianos.

—Constituyen buenos vehículos de sátira: El pueblo se ha acosumbrado á ellas. Los ama y cree lo que dicen. Cuando le llegan tronantes y cargados de cólera, lo acepta todo, la forma y el color y no nota sino después la metamorfosis, por un oscuro estremecimiento de su alma. Con eso es con lo que jugaba también Lutero. Nosotros nos servimos de viejas parábolas. El enemigo del libelista es la costumbre. La injuria se desacredita á fuerza de usarse y los gargajos policromos con que homós manchado al papa se han cambiado en blanco sobre su traje blanco. Hay que variar incesantemente las fórmulas, buscar el contraste que atrae, el viscoso ultraje que se pega á la piel del adversario y la corrompe. La religión es una marrea que cuando se aleja de los hombres después de haberlos cubierto durante largo tiempo, les deja rasgos de carácter y fuertes huellas pasionales.

Su fantasía era inagotable. Se apoderaban del menor episodio, lo disfrazaba, lo embellecía, lo decoraba de figuras complicadas, de títulos extravagantes. Podía hablar, durante una hora, un lenguaje desconocido, inhumano, al cual prestaba las inflexiones más cómicas, y para distraer á sus compañeros, imaginaba series de nombres propios y súbditos de una magestad bufona, de los cuales enumeraba gravemente los títulos, blasones y privilegios. Si se interesaba en la filosofía, la geografía, la historia, la astrología, la alquimia, si no ignoraba nada de los animales, los gusanos y las plantas, si la música le hacía temblar, si las pasiones eran para él «una selva gemidora de cada árbol de la cual se había ahorcado,» amaba fielmente la lingüística.

Ejercitado en todas las suilezas del francés, del alemán, del inglés, del hebreo, del latín y del griego, siempre en busca

de idiotismos, de proverbios locales y de particularidades etimológicas, buscaba el origen de las palabras con una especie de furor, sin que le intimidaran las más anticuadas hipótesis. Fabricaba á cada instante sabrosos compuestos, superponía raíces sajonas y galas, asustaba á los pasantes por expresiones desconcertantes y juramentos tomados á todas las razas. Llamaba á eso «dar su vuelta al mundo». Se complacía en los sinónimos, los «calembours,» las enumeraciones de calificativos extravagantes. Se precipitaba en aturdidas metáforas de las cuales salía, después de un largo discurso, lleno de sustantivos falseados, de epítetos torcidos, y riendo. Cuando adoptaba una locución ó una fórmula, se gargarizaba con ella, espolvoreando la conversación, cansando á los otros y cansándose. Entonces declaraba agotado y le rechazaba con disgusto.

El inseparable de Schorel, Shakespeare y Fischart era el grueso Van Bevernigk. Bueno, jovial y pródigo aquel joven señor se atrincheraba en su sér y recibía, sin tropezar las burlas y las salidas de tono de sus tres reunidos compañeros. Los admiraba, los escuchaba respetuosamente, de vez en cuando arriesgaba una objeción tímida que los otros acogían tumultuosamente. Entonces Van Bevernigk, haciendo gestos de niño, se confundía en atenuaciones y en escusas.

—Sois bestia como un topo—le decía Fischart.

Y Sakespeare añadió:

—Estoy seguro que la mayor parte de los idiotas que vemos circular por el mundo son descendientes de los antepasados de Van Bevernigk.

—¿Qué quieren decir esas palabras?—preguntaba el mocetón.

—Quiere decir que no teneis más que una cualidad: la glotonería. Por eso os toleramos en nuestro sublime cenáculo,

Si, Bevernigk era glotón, y había adoptado una viveza, por consejos de Fischart: «Hasta que estalle!» Cuando comía, su cara, semejante á un globo, tomaba una expresión beata; asombraba á los convidados por el tamaño enorme de los trozos de carne que devoraba de un sólo golpe. Sus luchas con

las salsas llegaban á una grandeza épica, porque tan pronto las atacaba con una amplia cuchara, tan pronto con un hueso ó con un pedazo de carne, tan pronto con un pedazo de pan, cortado como un broquet. La salsa se resistía, saltaba, rodaba sobre el jubón de su verdugo y de sus desgraciados vecinos, ó bien le hacía la farsa de saltar bruscamente de su boca y de sofocarle casi. Bevernigk la perseguía, la cercaba, la atrincheraba hasta la última gota del borde de su plato y se la tragaba entre hipo de satisfacción. El líquido en su vaso era como un pantano de agua sobre una arena candente y lo probaba con un chasquido de lengua seguido de un largo suspiro. Pero antes la había olido, agitado, calentado, con la mano. Se había envuelto de ella el alma. Cuando cargado de vitualla comenzaba la batalla de la digestión, un sonoro eructo comenzaba las hostilidades. En seguida Sakespeare, Schorel y Fischart se levantaban bruscamente de la mesa.

—Sois ignoble, vientre grasiento de español.

—Silencio, asqueroso.

—Sereis privado de vino del Rhin durante ocho días.

Comían en casa de Doelen. El posadero de «El fanal rojo,» célebre en toda Holanda por su generosidad respecto de los artistas, trataba régicamente á sus huéspedes y se hacía de rogar para recibir el dinero.

—Soy más rico que vosotros,—respondía, altamente.

Realmente había amontonado una gran suma en el comercio y la gastaba sin contar. Había hecho de su vida dos partes. Consagraba el día á sus vicios que eran muchos y urgentes. La sala del piso bajo era el teatro de crapulosas orgías en donde la ramera, el alcohol y el juego daban la réplica á la vejez. Se oían risas, canciones, gritos y juramentos obscenos, y la Pelote, con cara indignada, daba á Shakespeare repugnantes detalles. Muchas veces, á consecuencia de esas cálidas aventuras, el viejo notaba que le habían robado su bolsa, sus joyas, una capa, una pieza de orfebrería. Pero al obscurecer, Doelen se transformaba y pertenecía por completo á la inteligencia. Presidia con gran solicitud la mesa, apreciaba la finura y la brutalidad pintoresca y cuando se los pedían, narraba recuer-

dos maravillosos. Había frecuentado todas las Excelencias de los Países Bajos y tratado á la mayor parte de los extrangeros de nota que pasaban por Amsterdam. Durante los malos días de la tiranía española, su posada habia sido un foco de conspiraciones. No habia dejado de dar á los Mendigos su dinero y sus servicios, de modo que era popular entre ellos que seguían siendo fielmente sus clientes. Se cuchicheaba que habia servido secretamente los intereses de Guillermo de Orange, y cumplido, para el Taciturno, una mision de las más peligrosas. Fué la única vez que se ausentara de *El Fanal rojo*, y aludia á ese acontecimiento con cara llena de retencencias. Cogió muy pronto gran afecto á Shakespeare, porque este tenia el alma espontanea y le preguntaba perpétuamente por el amor. A Doelen le agradaba ser tomado como árbitro en este bello asunto. Había tenido aventuras célebres antes de entregarse á la baja orgia, y muchas damas nobles habian caido en los brazos de ese *cualquier cosa*, robusto entonces y de rostro osado. Muchas veces, de noche, después de irse los huéspedes de paso, abria su viejo corazon ante William, Schorel y Fischart, y estos se sorprendian de ver en él tanta delicadeza, experiencia y sagacidad.

Por la mañana y el mediodia los cuatro amigos corrían por la ciudad. Guiados por Schorel y Beverningk, el poeta y el libelista entablaban conocimiento con las calles hormigueantes, los espaciosos barrios atiborrados de ricas tiendas, de seneres y burgüeses, el puerto que olía á pescado y á rastro de fiaca, presa del atigarramiento de las razas; los tugurios estrechos, fétidos y chillones, Shakespeare saltaba de gozo ante los canales.

—Arrancada á la naturaleza, gracias al genio de sus habitantes, esta altanera ciudad es doble por que se refleja en innumerables espejos. Si sus casas desaparecieran de pronto, el agua fiel guardaria sus imágenes. No pereceriais, altas construcciones, delicadas aunque macizas, de un rojo quemado, de un negro pulido, de un amarillo de viejo marfil, construcciones que descendéis armoniosamente á bañar vuestras grandes casas de piedra.

El entusiasmo de Schorel se renovaba á cada paso:

—¿Hay nada mas sano para los ojos que ese arillo rectilíneo plantado de árboles verdes? Va hasta otro canal y después se adivina otro y otro y otro, se presiente toda una regular armazon húmeda. En ese cielo deslumbrador como una lámina de oro sube una especie de fina torrecilla y tres mástiles inclinados. Decidme si la hora no está inscrita sobre cada uno de esos colores cálidos y oscurecidos. Se funde en la pupila, como un fruto en la boca. Cualquiera creeria que las casas van á ponerse en marcha, deslizarse á lo largo de sus reflejos, arrastrando tras sí las barcas. ¿En donde estais, Fischart?

En efecto, Jean Fischart se mostro poco sensible á las emociones plásticas. Se interesaba, sobre todo, en las numerosas muestras de hierro forjado que se destacaban de las fachadas, como garras y armas contorneadas y las comparaba á la escultura torpe de los hijos del diablo. Quería conocer inmediatamente, porque la impaciencia era un cargo de su carácter, la significación de los emblemas, é imaginaba nuevos.

—En la habitación de un orgulloso debía haber dos brazos, el uno sosteniendo un corazón y otro un ojo, porque el propietario se analiza. En la de un avaro, dedos torcidos de uñas como babriquiés. Para la de un jesuita, es cosa muy sencilla, una horca rematada por dos nalgas y de cuatro nalgas para dos Jesuitas. Tal es el ramo que les ofrecio. ¿Y para el papa? ¡Ah! ¡ah! ¿qué pondriamos para el papa? Una pequeña y bonita pastelería. El lugar que apesta un sacerdote ilustraria esta divisa: «Al hombre sin sexo.» El sitio que apesta un soldado llevaría esta otra: «Al asesino.» Reclamo para los jueces dos signos astrológicos: el escorpion y balanza. «En cuanto á los reyes, un monton de estiércol les convendrá, una enorme plasta en el cetro de oro. Los ministros del rey se contentarán con el soporte sin el cetro.

Shakespeare amaba los interiores de las casas. Por las ventanas del piso bajo y por las puertas entreabiertas hacia de ladrón de imágenes, penetraba en la familiaridad de las existencias populares ó burgüesas. Allí existian, como lo afir-

maba Schorel, dramitas sin brusquedad. La importancia de la decoración igualaba á la de los personajes, y eran tan expresivos los gestos de éstos que parecían emanar del fondo mismo de sus almas y delatar actitudes morales desconocidas. En medio de un estrecho salón azul, ante un velador cercado de un círculo de oro, una mujer en pie leía una carta. Su atenta cara inclinada tenía líneas dulces y fuertes, como la tienen los holandeses, y sobre su nuca de carne más blanca estaban alzados los blondos cabellos. Llevaba un corpiño de lana azul flotante, muy sencillo, bastante amplio para disimular una preñez adelantada. Su otra mano, la que tenía libre,—mano gruesa y decalida—se apoyaba en el respaldo de una silla azul. Su horizonte, sin duda el de su sueño y el del viajero, era un mapa geográfico que ocupaba todo el muro del fondo. Esos matices endulzados y como fundidos, esa curva de un cuerpo inquieto, maternal, la fina aplicación de los párpados caídos hacía palpar la ternura en la luz, la idea de la ausencia en la del querido pequeño porvenir que se estremecía bajo la saya invisible. Dos concordancias del color recorrían las emociones castas. El aire parecía temblar alrededor de la lectora. El poeta sintió húmedos los ojos. Hizo un signo á sus compañeros, y éstos, mudos, reteniendo sus soplos, miraron palpar el corazón de la familia. Se evadieron ante la fuga del encanto.

—Procurad—balbucía Schorel—con vuestras poesías ó vuestros dramas, dar esas impresiones. Collares de palabras, ensambladuras sucesivas y penosas del pensamiento, no crean un conjunto, una belleza inmediata. Un dicho cualquiera sabe acompañar una puñalada de una gesticulación frenética y hallar el grito que desgarrá las entrañas. Fischart no puede comprenderme; pero vos, Shakespeare, interrogad el profundo abismo en donde se preparan los temblores de tierra y de mar y en donde flotan animales extraños.

Y William pensaba en seguida en la inmensa multitud de los estados oscuros del alma, meteoros misteriosos que atraviesan la conciencia durante un segundo, cuyo nacimiento y tumba son la noche.

Lo más íntimo del pensamiento vibra en el acorde de una mirada y un gesto; todo el deseo, toda la voluptuosidad, todo el goce caben en el fugitivo paso de una sonrisa que borra toda inquietud. Entre los grandes momentos apacibles del ser, brilla á menudo la corta luz, presagio de pasiones irresistibles. El viajero que sube hasta la fuente de los males y de la muerte no encontrará dragones que guarden la puerta. Allí está oculta en la yerba abotagadora y corre deslizándose como una imperceptible cinta negra. En su origen hay lágrimas de dicha, confianza, apaciguamiento y la ironía del destino.

Una vieja estaba sola, sentada en el ángulo de una ventana, con rostro de expresión enervada y estendidas á lo largo de su traje de tela gris sus largas manos huesosas. Un rayo de sol acariciaba la rueda y la mesa en donde yacían un plato, un trozo de pan y una loncha de jamón curado. Era toda una existencia abandonada, algarete.

Una serie de puertas mostraba, en fila, una ancha pieza clara, enlozada con rojo y blanco. Una chica blonda, hundida en un traje demasiado pesado; otro cuarto aún más brillante donde un gato dormía en una silla, y por último, un patio, un techo bajo y de color leonado, la boca oscura de un lagar. La luz circulaba alegremente á través de la ideal limpieza de esa morada, caía de las altas ventanas de vidrios diminutos, descuidaba las vigas del techo, el relieve de una escalera maciza, rozaba la nuca de oro de la niña, y se extendía sobre el mosaico.

Más allá, eran soldados en la sala de una posada sentados ante la mesa y sujetando por el talle dos criadas robustas. Con la otra mano levantaban los cubiertos. Se oían grandes juramentos y estruendosas risas. En otro lado, una comadre estendía el brazo hacia una jaula en donde cantaba un pájaro, mientras que en el fondo dos hombres viejos y grandes se embebecían alrededor de un juego de dados. En otro lado, en un rico departamento, entre ligeros «bibelots» una joven, triste, cosía y con su pie indolente, mecía á un niño dormido. Un solo paseo ofrecía así á los cuatro paseantes todos los delicados aspectos de la vida humana. Realizados por la elocuencia

de Schorel esos espectáculos entraban muy adentro en el alma de Shakespeare.

Le suministraban un repertorio infinito de figuras y de movimientos; cada ventana animada era para él un almacén trágico.

Perseguía los matices extremos de esos sentimientos vistos á escape. Su fragilidad misma excitaba su imaginación. Entonces se preguntó si era más bello para el poeta entregar personajes á las fatalidades exteriores, siempre análogas á los dioses antiguos, ó suponer en ellos dichas enmascaradas de temperamentos. El problema le ocupó durante tres días, que eran una crisis de su espíritu, y no dijo nada á sus compañeros porque quería la soledad para ese debate íntimo. Llegó á esta conclusión; que los seres son como una moneda pronta á facilitar los cambios entre dos grandes destinos, de los cuales el uno conduce al amor y el otro á la indiferencia ó al egoísmo.

Por ahí se iluminaba el poder de las ventanas, porque las unas hacían los gestos del amor y disipaban su vida hacia el mundo, y las otras el de la sequedad que trae el mundo al cerebro. Las primeras son ideas que van á revestir la forma dramática y las segundas se preparan á abandonarla. Le parecía, pues, necesario que toda comedia estuviese colocada en el punto en que esas corrientes primordiales se entrecruzan y tuviese una faz hacia el exterior, otra hacia el interior y muchas partes en fila, así como las salas de mosaico que barria la chiquilla.

Por la noche soñaba con esas preocupaciones. Oía la voz dogmática de Fischart, el jadear de Van Beverningk, las vociferaciones ásperas de Schorel. En todas las ventanas de la ciudad había formas sentimentales, vicios adornados y virtudes sonrientes invadidas por el esplendor crepuscular. Siluetas de mástiles se alzaban ante ellas. A veces los locatarios se hacían visitas de vecindad, la timidez subía á casa del orgullo, el amor penetraba en el cuarto de la glotonería y la saludaba ceremoniosamente. Y los canales reflejaban escenas contradictorias, traduciendo un ensueño por una matanza, un codazo por un desafío, y un beso por una mordedura.

Pasados los tres días dijo radioso á Schorel:

—Concibo la existencia como una pintura, y el procedimiento de vuestro amigo Van der Borscht utilizando el azar, es el bueno. Pero enseñadme más ventanas.

Después de comer, cuando las reuniones estruendosas les retenían en «El Fanal Rojo,» vagaban, al azar, á través del triunfo de las luces. Los otros colores estaban apagados. Sólo el púrpura y el anaranjado vivían en el aire y en el agua, superficies deslumbrantes, formas infinitas, cuadradas, redondas ó lineales, curvas y esbeltas corrientes de fuego. Fischart llamaba á esa bora «la caída de los meteoros.» Tenían sus amigos: una ventana oval, á una gran altura, cuyo reflejo, por un prodigio de óptica, chispeaba algunos pasos más allá. Y detestaban la luna que vulgariza esos espejismos, dando á la ciudad algo de demasiado lindo, amanerado y ficticio.

—Una necesidad empujando la otra—decía Fischart—y la ciudad está sembrada y nosotros admiramos la cosecha de piedras.

Porque habían acabado por adoptar entre ellos una conversación elíptica que desconcertaba á Van der Beveiningk.

—Todas las llamas no atraviesan la oscuridad—añadía Schorel.

Y Shakespeare en seguida improvisaba un poema rápido sobre las luces que brillan por encima de las estrellas y en las diversas eomarcas del mundo, revelando el trabajo y el abrigo. O bien imaginaba un vendedor de dos glorias; la roja, amiga de las violencias, de las guerras y de los raptos; la amarilla los ensueños, los poetas y los pensadores, y alababa su doble mercancía. Imitaba el grito del vendedor, las discusiones de los compradores y sus debates alrededor del cochecito donde se apilaban las linternas coloreadas. Se entretenían también con un juego que se llama la «cadena.» Eso consistía en pasar de un objeto á una emoción, de una metáfora natural á una moral, y así reciprocamente; y tomaban por punto de partida un fanal encendido, ó la masa indecisa de una casa ó la silueta oscura de un batel. Llegaban así á cimas áridas y virgenes que les hacían reír á carcajadas. Sus goces buscábanse á tientas.

Una cálida tarde, Schorel, Fischart y Shakespeare se metieron en el barrio judío para buscar estampas. Era una larga calle en pendiente, sin aceras, llena de despojos inmundos, por la cual corrían espesos arroyos oscuros, donde se pisaba una piojosa y chillona chiquillería, perfiles breves de papagayos flacos, piernas raquílicas y sexos indistintos. A las ventanas pendían trapos amarillos y rojos, andrajos de sábanas grisáceas. Las murallas oían á estiércol. En el marco de las puertas había grupos de brujas sórdidas, de caras bronceadas, de narices corvas, de ojos negros, vestidas de oropeles chillones y grasientos. Se invectivaban entre sí con palabras ardientes y gestos de epiléptico. El aire, en torno de ellas, apestaba.

—¡Qué raza!—gruñía Fischart tapándose la nariz.—Los descendientes del macho cabrío exhalan el olor de su antepasado, y sus excrementos mismos son torcidos. Sus dedos no saben triturar más que el oro y sus películas. En sus miradas bailan la lujuria y la usura.

Y se echó á reír.

—¡Maravillosa porquería!—gritaba Schorel admirado—Mirad esa joven cuya oscura carne aparece por los desgarrones de la gastada tela. Baila sobre un estercolero. ¡Qué activos son en sus tugurios! Y esos pilluelos revolcados boca arriba y cuyos ombligos humean!

—Pero esos seres tienen los mismos sentimientos que nosotros; son nuestros hermanos algo degenerados—añadió Shakespeare, amigo de contradecir. Pero Fischart se inflamó.

—Desengañaos, amigo. El judío es una cosa aparte. Es amor, el odio, la alegría y el dolor son en él deformados, mal colocados, imposibles de reconocer.

Para hacerlos comprender de él, es preciso ser loco. El judío no tiene ningún orgullo, ninguna delicadeza, ningún horror, ninguna piedad, ninguna cólera. Hace luchar á los cristianos y se desliza entre ellos. Los considera como carne de puerco, y todo contrato con el judío se cambia así en hueso de *boudín*. El judío es cruel por el exceso de una lógica que le empuja á abrir paso para su nación. Arrojadlos de todas partes se han rufugado en Amsterdam. Dentro de cien

años rodarán de nuevo sobre la Europa. Es una preocupación el creer que practican la usura porque se les ha excluido de toda profesión. El judío, querido amigo, es filósofo. Le horroriza la realidad. Necesita la efigie, el símbolo, la cripta y el misterio de la moneda han tenido ahí en seguida su taret. Es como la polilla que vive en los libracos. Todos esos judíos están enfermos. Mirad al alrededor de nosotros esos jorobados, ventrudos, cojos, tuertos, purulentos. Tienen caras ignobles y particulares, acrecentadas por orgías especiales. De vos á ellos hay diferencias enormes. Lo que os engaña es la envoltura que para engañaros mejor, tienen idéntica á la vuestra. ¡Pero ignorais que ciertos animales escogen domicilios engañadores á fin de anonadar cómodamente á sus adversarios?

Llegaban á una puerta más estrecha del Ghelto. Barracas de madera fungían de tiendas, pegadas á las casas, y á la sombra de esos tugurios hervían caras febriles que interpelaban á los tres compañeros. Les ofrecían calderos, vestidos viejos, armas, calzado. Un judío salía de su antro y corría hacia ellos con grandes reverencias y una ola de palabras obsequiosas. Fischart le rechazaba brutalmente. De pronto Schorel se detuvo:

—He aquí nuestro asunto. ¡Salud, tío Rabbas! ¿Podemos entrar en tu casa, viejo podredumbre, canalla?

—Muy bien; me gusta que les traten así.

Fischart, Shakespeare y su guía penetraron en el polvoroso reducto lleno de libros, estampas y telas de araña.

—Apreciad el cubil y el vendedor—dijo Schorel.—Danos pronto algo donde sentarse y abre tus cajones, sapo!

Rabbas era un tipo asqueroso de su raza. Sus largos cabellos, algo grises, aceitosos y pegados en lo alto del cráneo, rizados hacia el cuello, rodeaban una cara huesosa y sin expresión donde la arista de la nariz era fantástica, donde los ojos guiñaban, donde la boca llena de círculos de arrugas negras se abría tras una barba de pelos escasos. Estaba vestido de harapos. Cuando le gritaban: «¡Abajo las patas!» paseaba sobre sus visitantes las manos secas y nerviosas al extremo de unos brazos

flacos y acompañaba ese gesto de una sonrisa asquerosa y extraña. Con excesiva febrilidad desembaló sus tesoros: eran grabados violentos que representaban los principales episodios de las guerras recientes, los sitios eran Leyde y Harlenn. Schorel, antes de darlos á sus amigos para que los vieran, los examinaba cuidadosamente, los volvía de anverso á reverso, los colocaba ante la poca luz que venían á oscurecer vecinos curiosas cuyas atroces caras se apiñaban bajo el cobertizo de la tiendecita.

—¡Libertadnos de vuestra presencia, grupas de asnos!— rugía Fischart. — Volved á los vientres que os llevaron ¡hijos de Satán!

Estas injurias no hacían mella en los judíos, pero Shakespearo notó que las arrugas de Rabbas se estremecían.

—Fischart, os agitas demasiado— declaró Schorel— me impedís pagar la mercancía ¡ah, ¡ah! Esto os interesa, supongo que será un frontispicio de libelo protestante. ¡Calla! pues sí es, sencillamente, un Lucas Cranach. Y muy bien conservado. Ese horrachón cubierto de una tiara y con patas de ganso, es el papa, solazándose con monjas que juntan las manos recibiendo el maná celeste.

Fischart, á su vez se entusiasmaba.

—¡Bravo! Es magnífico. Danos todo lo que tengas semejante á esto, viejo Job.

Hubo una discusión sobre el precio.

Rabbas discutía palmo á palmo, con una terquedad feroz, conservando entre sus uñas negras una esquina del grabado. Su mirada se hacía feroz.

—Si me miras así, cariatide de canal, te razgo tu atro y desacreditada garganta. 3 florines.

—Cuatro, señores; 4. La figura esa es rara.

—Tú sí que eres raro, vientre de cabra. No te acerques. Apesta. ¡Abajo las patas! 3 florines.

—Imposible, buenos señores. Soy un pobre hombre, un desgraciado viejo.

Schorel no podía con la risa:

—¡Asqueroso y embustero! ¡El, pobre! Es el usurero de to-

da la juventud dorada de Amsterdam. Solo con Van Beverningk ha hecho una fortunita. ¡Está bien, pillete! Tienes pómulos bien cálidos y sobre un fondo negro, serías casi presentable. Otras estampas. Esas no. Otras; que sean viejas; las más viejas que tengas.

La hipocresía de Rabbas divertía á Shakespeare. El judío, presa de una agitación singular, saltaba en su jaula, derribaba los cartones polvorientos, los papeles amarillos y los libros de encuadernaciones raras. Por fin apareció un paquete completo de encuadernaciones de Alberto Durero. Schorel quiso ocultar su emoción, pero sus dedos temblaban palpándolo.

—¡Que os ven! ¡Cuidado!— le dijo Fischard al oído.

Rabbas le pedía por el lote 50 florines.

—25 ahora mismo y me lo llevo,— gritó Schorel.

Hubo un tumulto, casi una batalla y una lluvia de invectivas. — Los otros judíos, atraídos por el ruido, venían á oler lo que pasaba, con sus largos morros inquietantes. Por fin convinieron en 30 florines que Schorel contó en seguida. Y dejaba desbordar su alegría.

—Fischart, este es único. Lo he buscado durante cinco años y ya había renunciado á tenerlo. Es un asunto que he tratado algunas veces: la Tenca, la sublime Tenca. He aquí, Shakespeare, la verdad que habla y grita. Cuando escribais comedias, cuando seáis cómico, procurad realizar este paroxismo. Los oídos, el ojo redondo, la boca. . . . Salía del agua. Se ahoga. ¡Ah, sí; cuando se posee tan bien su oficio, puede uno permitirse filosofar. Rabbas, eres muy ignoble, pero te abrazaría por esta plancha. ¡Qué gusto tiene tan excelente este bruto! No sé en dónde diablos caza todos esos trozos de maestro.

—¡Diantre, diantre!— dijo Fischart encogiéndose de hombros; — los jóvenes se los vienen á vender. Y este vende recuerdos de familia.

Schorel compró otras muchas estampanas, y el libelista se puso á regatear sobre libros. La mayor parte de estos estaban escritos en alemán, trataban de teología y de matemáticas y ninguno de estos tentaba á Shakespeare. Una hora después estaban los tres amigos hundidos en una verdadera embria-

guez intelectual de la cual Rabbas venía á ser como el *gnomo* incomprensible, no mostrando su presencia más que por exclamaciones y protestas. Cuando su *stock* estuvo casi agotado, dijo que tenía arriba, en la casa, otro almacén más completo. Schorel y Fischart no titubearon.

—Canalla, llévanos allá en seguida, merecerías cien bastonazos por habernos hecho estar aquí en tu confitería de chinchas. Vamos. Largo. Te seguimos.

Salieron del sombrío tugurio, mientras el judío bajaba su cobertizo, desconfiando de la honradez de sus congéneres. Dió cuatro ó cinco vueltas á una llave rechinante y precedió á sus clientes por una escalera de madera carcomida. En el descenso del primer piso, señaló para la pared maciza, y con sonrisa abominable dijo:

—Ahí guardo mis joyas.

—¿Tú haces, pues, toda clase de oficios? ¿tus joyas son bellas?

—¡Oh! más bellas que las de los reyes.

Y alzó sus descarnados brazos.

Otra puerta rechinó. Era el domicilio privado de Rabbas. En una ancha habitación que daba sobre un patio infecto por una ventana estrecha de vidrios rotos, un temible amontonamiento de objetos de toda clase, muebles, telas y quincallería, llenaba casi el espacio del suelo al techo. Por allí corrían legiones de insectos.

—¡Salud, paraíso de los piojos y de los trapos!—dijo, al entrar, Shakespeare.

Pero en seguida se calló. En el centro de la parte libre del cuarto, ante una mesa coja cubierta de un enorme mapa geográfico groseramente coloreado, estaba sentada una joven morena, de una belleza resplandeciente. Sus miradas lucían como cuchillos. Entre su frente comba y la nariz recta no había intervalo alguno. Su cabellera escesiva, cubierta de un turbantito rojo, rodeaba la gloriosa cara de una aureola pilosa de reflejos color violeta. Llevaba aretes contorneados, sortijas en cada dedo y un collar de carbunclos alrededor de su cuello grasiento y carnoso. Su cuerpo estaba flexiblemente desploma-

do en vestidos dorados y llenos de remiendos, pero sus voluptuosos brazos redondos aparecían bajo una gasa trasparente. Frente á ella, un gran viejo, petimetre, de grandes bigotes puntiagudos, demasiado negros para no ser teñidos, casi calvo, imberbe, de traza fiera, descarnada y curtida como viejo cuero amarillo, mostraba gracias caballerescas entre majestuosos harapos de matiz oscuro y amarillento.

—Es mi muger Sarah y mi criado Mazal—dijo negligentemente Rabbas.

Mazal se levantó, ceremonioso, y saludó. La bella judía permaneció inmóvil. Pero Shakespeare, guiado por su instinto, dejó á Schorel y Fischart seguir al judío á otro cuarto, para examinar tranquilamente, nuevas estampas y se quedó al lado de aquella pareja que le atraía por su extrañeza. Sin que nadie le ofreciera asiento, cojió una silla en la cual se instaló como decidido á no irse. La judía estaba como impaciente. William examinaba á aquel hombre, reuniendo recuerdos, rasgos de cara, y murmuró sencillamente.

—Veo que sois español. No os embaraceis por mi presencia.

La sorpresa de Mazal duró poco.

—Señor, no sois el primer hechicero á quien encuentro.

Y miraba exclusivamente á Sarah.

—El señor tiene, sin duda, un talismán. Pero tiene cara de generoso incapaz de hacerme traición. Puestoque ha adivinado mi valeroso país, sabe también [de seguro, que me llamo Mazaltob, de la antigua, célebre y guerrera familia morisca de ese nombre, y que soy, no un criado, sino un ayudante de Rabbas el judío. Como que desterrado á Amsterdam y lejos de mis compañeros me gano la vida de una manera algo indigna.

Un gesto de soberano desprecio acompañó estas palabras.

Y continuó pomposamente:

El señor sabrá también que la señora Sarah Rabbas, la divina señora aquí presente, es mi bien amada señora y que quien abra los ojos sobre ella es hombre muerto.

Y atrayendo hacia sí, por encima de la mesa, la pesada cabeza bárbara, la besó profundamente en los labios purpúreos.



En seguida, con una destreza estrema, se levantó—sin dejar su posición—pegó su viejo cuerpo al corpiño dorado y con sus finas manos acariciaba las piernas, los muslos, el vientre de la judía quien se dejaba acariciar con una languidez dolorosa. Mazaltob pronunciaba en voz baja palabras españolas que la hacían vibrar:

—Corazón.... mis ojos, vida de mi alma.

Shakespeare estaba asombrado de tanta audacia, porque Rabbas podía entrar de un minuto á otro. Mazaltob se levantó y fué á ocupar su sitio:

—Ya el señor habrá comprendido. Ve que no tememos nada; y si asistiéramos por la noche á nuestras danzas felices cerca del jergón donde ronca su marido, creería en la complacencia. Sin embargo, no hay tal. El viejo es celoso y desconfiado. Si supiera positivamente lo que pasa, mataría á Mazaltob durante su sueño. Tranquilízate, mi vida. Tengo un buen puñal y los ojos siempre abiertos. Ahora á nuestra obra. Porque le enseñé las maravillas del universo y viajamos con el cerebro.

El mapa geográfico sobre el cual el español se preparaba á hacer sus demostraciones, tenía personajes raros, dibujados con tinta negra á lo largo de las comarcas verdes ó azules, reyes y soldados, lapones envueltos en pieles y animales fantásticos. En medio del Océano, cubierto de cruces y brújulas, cabezas de piratas con bonetes rojos soplaban para indicar la dirección de los vientos. Shakespeare se aproximó para distinguir los detalles y Mazaltob hizo uno de esos gestos redondos y trágicos.

—Es el plano de Juan de la Losa el piloto de Cristóbal Colón que santa gloria haya.

Una amplia señal de la cruz acabó la frase. Y con tono doctoral, que iba exaltándose poco, continuó el hablador la relación que había la visita interrumpido:

—Yo he estado ahí, mi vida; ahí, donde está ese color de calabaza. Es al final del nuevo continente, un país peludo de selvas. Los árboles son de plata y dan frutos de oro, gruesos como toneles de vino. Nos hemos batido catorce veces y he matado, yo solo, 50 indios. Tienen dos metros de estatura, da-

ban gritos horribles y estaban manchados de hez y ocre, como esto.

Mazaltob plegó su cara móvil en una mueca abominable, de tal modo, que su delgado labio superior, su bigote y la mitad de su nariz de conquistador desaparecieron en su barba puntiaguda.

—Su rey pidió por favor luchar conmigo en combate singular. Se llamaba Zulmazilla tenía una lanza de 20 codos, un arco de hierro y flechas de sangre de dragón. Yo no llevé más que mi espada, que me había regalado un héroe, amigo mío; precisamente el hijo de Juan de la Losa. Entonces me gritó aquel gigante: “Mazaltob, vas á morir; te mataré en pedacitos y me comeré tu carne con mis cortesanos y mis mujeres.” “Reza á tu diablo cornudo” le respondí, “porque el infierno prepara para tí sus hornillas.” El ejército nos miraba y nos aplaudía. Me pareció que alguien se reía en el sol. De un golpe de mi espada le corté un brazo, y Zulmazilla aulló de dolor dándome botes terribles que yo paraba invocando á la Virgen. De otro tajo le abrí el vientre y sus entrañas rodaban hasta el suelo como entrañas de caballos, de modo que pateaba encima de ellas. Aquello apestaba como el olor de un muerto. Saltaba aquí y allí abriendo horriblemente las quijadas.

Mazaltob imitó aquella actitud con otra mueca espantosa.

—Hundí mi espada entre sus dientes y le partí en dos la cabeza. Aquella noche hubo una gran fiesta y me proclamaron capitán. Al sonido de los tambores entramos en la ciudad que estaba erizada de palacios de carbunelos y de topacios, de los cuales lamento, corazón mío, el no haberte reservado algunos coches, pero ya están en posesión de mis otras queridas, por que las mujeres de Zulmazilla durmieron todas conmigo aquella noche. Eran doce enamoradas locas y bellas como ángeles.

Mazaltob respiró un momento. La judía le escuchaba con una admiración apasionada, y esta vez fué ella quien corrió á echarse á sus rodillas y á aplicar su boca á la de él. Le abrazaba estrechamente; sus joyas sonaban. En un movimiento más vivo, su pierna de un modelado perfecto, apareció des-

nuda bajo el traje y él, como un gran señor, paseaba sus dedos secos sobre esa carne salinada, tanto que medio la desnudaba. Aquella escena estasiaba á Shakespeare. La vida del español entre los judíos, sus trazas de «matamoros» sus relaciones fabulosas que como verdadero hermano del sol inventaba, contribuían á excitar la sensibilidad del poeta. Esa facultad de mentira continua era el mismo poder lírico que tiene sus raíces en el amor y su cabeza altanera fuera de lo real.

—El ambicioso comierza por mentirse á si mismo agotándose en seguida para llenar su mentira con actos. Pero el es el tonel de las Danaides. Lo verdadero no es más que una pobre continnacioncita accidental al lado de la mentira. Lo verdadero es que tiene un dolores en las piernas, en el vientre ó en la cabeza, que es difícil ganarse la vida. que tal día le olía mal la boca á la querida, que tal otro día nos ha hecho una traición un amigo, que nó nos hemos embarcado, que la esparanza no se ha realizado, que la carne estaba mal cocida, que la joven no era virgen. Desfallecimientos, caídas, *mediocridad*, desilusión, ceden en seguida al mago: se reía robusto como un Turco, bravo como un dios, rodeado de ardientes emperatrices y de fieles compañeros. Extraordinarios viajes, banquetes, festines, animales deslumbrantes de pedrerías. . . . Y si el hombre sufre verdaderamente, la mujer está como abrumada. Entre los cuidados del hogar, arrastra sus caderas lánguidas, ahogada por lo real y esforzándose en sobenadar. Por eso en las miradas de todas brillan tantos imposibles reinos. Por eso corren ellas hacia los embusteros, embriagadas, estrechan sus pechos no saciados contra esas vigorosas osamentas y esos brazos pesados de hazañas extraordinarias.

William, durante estas rápidas reflexiones, había apartado sus ojos de los amantes y contemplado la tienda. Vió allí un voluptuoso cuadro, que de lejos parecía de acuerdo con lo que pasaba en la sala. El poeta lo separó de los trozos de tela y de los cachibaches que lo enmascaraban, y se quedó extático admiración. Una esquisita criatura, cuyas formas irreprochables eran visibles hasta el punto de que cesaban de ser secretas, luchaba entre los músculos hinchados de un

maugrabin crespo. Apoyabasu mano brutal sobre la curva de las caderas, donde rodaba una ola de trenzas de oro. Apretaba los senos delicados y buscaba una posesión sin cuartel. Los dos caras se tocaban; una, brillante de codicia, la otra de dolor y rabia, y las bocas entreabiertas confundían sus gritos contradictorios. Era, sobre un trozo de tela, el hosco cambio de amor y odio, cuya presencia y alejamiento traen el gozo y la muerte.

Mazaltob y Sarah seguían] abrazados. Aquel la chiqueaba como á una niña. El español notó el éxtasis de Shakespeare y movió compunjado la cabeza.

—Había, en Andalucía, un noble señor, llamado Vilonbralés. Era aún más bello que yo, de una familia casi tan buena y [habíamos cambiado nuestros corazones. Galopábamos durante todo el día, comíamos frutas ácidas y reposábamos á la sombra perfumada de las magnolias. Eramos adorados de las mujeres y de los caballos, y detestados de los hombres por nuestra bravura. De tal manera que al fin, Encarnación, una sevillana, se enamoró de Vilonbralés, é hizo de modo que la tomara por esposa. Por Cristo, qué hermosa era! Piernas como las tuyas, ojos vivos, manos y pies de infanta, cara de sonrisa y brazos de una frescura celeste. Al cabo de algunas noches, el carácter de Vilonbralés comenzó á cambiar. El, tan alegre no hablaba ya con nadie. Cosa maravillosa! Aunque fuera en amor un insensato, se pasaba horas lejos de Encarnación, procurando reproducir con el color sus facciones, y como le preguntara un día, la causa de eso, me respondió que así se calmaban sus celos. Ella era juiciosa y buena, pero él la pintaba abrazada á rústicos, á señores y alabarderos, solazando así su imaginación que tenía peligrosamente inflamable. Si hubieses visto esos bocetos. . . incendiaban el alma y secaban la boca.

«Vilonbralés poseía un servidor llamado Guzmán, marroquí asqueroso y broneado y tan robusto que domaba á un toro por los cuernos. Un día lo hizo desnudarse así como á una mujer, á quien adornó con joyas, y habiéndoles reunido en su presencia, dijo á Encarnación: «Exijo que te des á él ante mi.»

Ella al principio vaciló y rehusó, y como él la amenazara de muerte, cedió. Y él, sentado en un sillón, siguió todas las fases de aquel amor con miradas terribles, la espuma en la boca y gritando al marroquí frases extravagantes. En seguida Vilonbralés degolló á Guzmán, extranguló á su mujer y se puso á pintar ese cuadro que el señor admiraba y que fué el último, porque al día siguiente se había ahorcado.»

Un ligero ruido hizo estremecerse á Sarah, quien se apartó de los brazos de Mazaltob. Algunos segundos después, Schorel, Fischhart y el judío entraron, disputando. El primero tenía bajo un brazo un gran cartón de estampas. A la vista del cuadro del español, tuvo un momento de estupor:

—Pero es curioso eso! ¿Dónde lo habeis encontrado? ¿Por qué guardabas esa pintura, viejo pillo, viejo devorador de florines?

—La pintura es mía, señor; restos de mi gran fortuna. Y Mazaltob se cruzó de brazos con altanera melancolía.

—Sí, pero lo que es de él es mío y quiero venderla,—dijo

el judío.

—Te lo prohibo.

Y Sarah, furiosa, se acercó á su marido.

Este sonrió malévolamente:

—Por cien florines, os lo podéis llevar.

Schorel se encogió de hombros.

—En ese caso, te lo dejo. ¡Qué calor de dibujo y de colorido! ¿Es italiano? ¿es español? No me atrevo á afirmar nada. Está lleno de torpe luz y sin embargo, hay en él cualidades de primer orden... En fin... Vámonos; temo sucumbir.

Sarah estaba en pie, presta al combate, y Mazaltob lanzaba al judío miradas de odio, gruñendo entre dientes:

—¡Cochino! ¡Marrano! ¡Cabeza de enano!—injurias que alegraban á Fischhart.

Al descender los tres compañeros la innoble escalera de Rabbas, Schorel lamentaba su indecisión, y cuando Willam le hubo contado la historia del cuadro, su desesperación fué cómica:

—Ya lo sospechaba. Es una obra maestra instintiva; hu-

quiera debido comprarla. Todo apasionado es capaz de una bella tela en su vida. Volveré.

Llevó á sus amigos á visitar su casa y durante todo el trayecto lamentó su torpeza. No prestó atención alguna á las singularidades del Chetto, más pintoresco en el crepúsculo por el montón de ojos negros y de harapos brillantes no ofuscados por una luz brutal.

Shakespeare se hallaba trasportado al corazón de esa España, que sólo conocía de nombre, pero cuyo extraño esplendor quemaba sus sueños:

—Veo á ese Vilonbralés, tal como no lo comprendía Mazaltob, arrastrado por los celos, como antes por sus galopantes caballos, hacia abismos imaginarios, fatigado por sueños dolorosos y deseando en su delirio toda embriaguez adormecida, por sangrienta que fuera. A la cabeza de la cohorte de los celosos, cohorte innumerable, zumbadora y reclinante, de sentidos exasperados, de piernas que vacilan, de bocas que balbucen palabras de cólera y perdón, á la cabeza de ese ejército sin sueños distingo al español torcionario tomando en sus mismos placeres espectáculos de acero y fuego, arrancando á la carne rosada y dulce de su Encarnación este terrible secreto: que no se posee nunca la mujer á quien se ama. El goce de los celos es combinar episodios en donde ese cuerpo adorable es pulverizado por otro, en que esa boca se entreabre para un extranjero, en que ese corazón salta por culpa de un espasmo indigno. Esta es mi adorada. Juntos hemos paseado á la claridad de la luna, riendonos del canto de los pájaros y llorado de la noche demasiado corta. Ella y yo hemos adaptado nuestras pieles tan estrechamente, que un recuerdo no hubiera podido deslizarse en el intervalo, cambiando nuestras huellas, durmiendo el mismo sueño. ¡Ven, pues, corriendo, puerco! ¡Sal! Que yo pueda mataros y matar mi sospecha, vaciar mi alma de esa amargura que se acumulaba en ella con el amor.

Estos pensamientos atacaban al poeta tan vivamente, que parecía semejante á una sonámbula, y sólo pudo distinguir al través de una bruma la morada de Schorel. Recordó solamente después que todo daba allí la impresión de un lujo irrepro-